

El caballero del trébol

Escribe: LUIS VIDALES

La fugacidad del tiempo tiene su contrapeso en el regusto con que suele arremansarse en el alma de las criaturas. Puede una época esfumarse del mundo físico, pero no por ello deja de subsistir, con pesado aroma de tenacidad, en el del espíritu. Creo haber asistido a este contraste en la primera etapa de mi vida. Era un niño de huesos blandos cuando me trajeron a Bogotá, por los años aureolados con las luces del centenario, y ahora comprendo que mi crecimiento tuvo lugar en un insólito ambiente con mucho de persistencia colonial, al lado de los pinitos libertarios de un país que se resistía a pasar al siglo XX, ya desprendido de los calendarios. Esta circunstancia me explica claramente mi actitud ante la vida, de decidida inclinación al siglo XX, tanto como mi inclinación poética, en buena dosis impresa en *Suenan timbres*. Y es ella la que me permitió, asimismo, ver al precursor Antonio Nariño en forma diferente a la del texto escolar.

* * *

Siempre he creído que la historia colombiana es rica como pocas para el teatro y que su profundo contenido vive clamando por la falta de un autor teatral de envergadura, capaz de extraer de ella el hondo mensaje, trágico y humorista, que preside nuestra formación de pueblo, marcada por la impronta de las más sensacionales paradojas. En cuanto a mí toca, el pavor a manejar muñecos, y el can-can de la autocrítica que me dice que "tú quedarías por debajo de la altura requerida", me alejan persistentemente de la incitante empresa, la que alguien —de ello no hay duda— cumplirá algún día, con éxito sin precedentes en nuestra cultura. Pero ese alguien deberá ser una especie de Aristófanes. Nada menos, y ojalá más. Porque no es poca cosa leer sobre las puertas de los comercios y fábricas los nombres de los revolucionarios de la centuria pasada, no pocas veces tiranizados por huelgas, asomarse al drama esquiliano de Obando o solazarse en la apasionante aventura agrídulce de don Antonio Nariño.

* * *

La historia literaria de nuestro país ostenta una particularidad cenital: la de producir el tipo de literato lanzado a la liza política, dualidad que nos acompaña desde el nacimiento mismo de nuestro devenir nacional.

Sin contar a los cronistas y yerbas menores que giraban en torno de España, esta disposición cobró su primera plenitud con la gesta emancipadora. En el plano científico, se robusteció grandemente con el movimiento creado por la Expedición Botánica, que permitió a toda una juventud romper los moldes de la filosofía escolástica para acoger los de la experimentación y el análisis. La mera enunciación de los materiales acopiados por la expedición, en los que trabajaron, al lado de José Celestino Mutis, muchos de los que después serían líderes de la independencia (Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho) revela esta alianza espectacular. El gigantesco herbario, muchas de cuyas plantas entraban por primera vez a la catalogación; la nutrida y prolija documentación sobre fauna, flora, geografía, meteorología, habitantes y costumbres de los diversos núcleos étnicos del país; dos mil cuadros dibujados de plantas y gentes del trópico y un arsenal impresionante de material suplementario de uso científico y literario; la pintura de la expedición realizada por dos artistas santafereños, Francisco Javier Mutis y Salvador Rizo, todo ello realizado por quienes luego saltaron a la contienda política, es comprobación evidente de esta disposición nacional.

En el plano literario, esta persistente ausencia del "clerc" de Venda se expresa desde 1790 en las asociaciones conspirativas surgidas en Santa Fe de Bogotá. Son las famosas "tertulias" o "círculos literarios", al través de los cuales, con el hálito de la ilustración se juntan las tareas revolucionarias.

De esta suerte, al surgir una nueva modalidad literaria, en los albores de la independencia, el literato no sueña con la "torre de marfil" ni en separarse del conjunto social. Por el contrario, difunde las letras y trabaja por la liberación del país. Su iniciador, y es por ello y no por otra suerte de interpretación histórica que debe reputársele como el Precursor de la Independencia, es don Antonio Nariño. Galán, el grande, es pez de otras aguas.

Del "Círculo" que encabeza don Antonio Nariño sale la traducción de los *Derechos del Hombre* proclamados en Francia. Pero además de este, actuaban otros círculos de la misma naturaleza. La "Tertulia eutropélica", el círculo literario de "El buen gusto", de doña Manuela Santamaría de Manrique y el "Círculo de los naturalistas", agrupados en torno de Mutis y del *Semanario* de Caldas, cuya importancia radica en la aplicación práctica de las faenas científicas y la lucha contra las fórmulas escolásticas del razonamiento.

* * *

Durante mi época de estudiante en París se festejó el segundo centenario de la muerte de un pilar de la cultura francesa, cuyo nombre se me escapa en estos momentos. Lo interesante es que a esa poderosa cul-

tura no se le escapó la exaltación de quien nunca escribió una línea, por haber vertido todo su ingenio oralmente. Desde entonces he pensado en el nuestro, José María Valdés, miembro de la "Tertulia eutropélica", quien dejó en ella vivo recuerdo de su personalidad por sus altos dones de improvisador. En "Los nuevos" tuvimos dos de estos valores: Carlos Uribe Prada y Pepe Medina. Pero lo esencial es indicar que mientras en Francia la conmemoración de uno de ellos sirve para debatir si para la inmortalidad es o no necesario dejar escrita una obra, entre nosotros solo dejan tenue huella de su valer a la posteridad.

* * *

Ciñendo más el tema que en caldera traemos, merecería escudriñar en estas tertulias el origen de nuestra poesía política. Unos "nerudas bisabuelos" hallados allí, nos sacarían valedederos. Citemos, al menos, uno. Se trata de José Angel Manrique, el imberbe hijo de doña Manuela Santamaría, ella misma literata de nota y naturalista. El joven nuevaolista de entonces se permitió escribir dos vastos poemas contra la dominación española: *La tocaimada* y *La tunjanada*. El primero de ellos es un consenso de los dioses del Olimpo contra la situación imperante de Tocaima, en ese período del estertor colonial. En ella se lee:

"Juno (a Júpiter):

*¿Cómo puedo sufrir, hermano mío,
y al mismo tiempo esposo muy amado,
no tener en Tocaima el poderío
después que mis caballos lo han poblado
y por estar en la ciudad de jueces
no tiran de mi carro muchas veces?*

Neptuno dice:

*Yo he sido siempre rey del mar profundo
y tan vasto es mi imperio que se extiende
a todo aquello que la mar comprende.
Si los peces me rinden vasallaje
la escama es el adorno del pescado
y yo puedo exigir todo homenaje
de cualquier animal que sea escamado.
Quien habita en Tocaima, mozo o viejo,
cubrirá con escamas su pellejo.*

Minerva, por su parte, sentencia:

*En menos de cien años, os prometo,
ya sabrán en Tocaima el alfabeto.*

Y ahora viene Marte:

*En Tocaima se encuentran cosas varias
que son para la guerra necesarias:
¿qué cosa más preciosa en un combate
que llevar prevenido un sudadero
para que con la silla no se mate
el caballo más brioso y más ligero?*

Y Júpiter remata:

*No hagamos caso de esos animales
pues que ellos no hacen caso de inmortales”.*

* * *

Tal era el ambiente intelectual dentro del cual aparecen los *Derechos del Hombre*, editados por don Antonio Nariño en esa precaria prensa de su propiedad que hoy se exhibe en la “Casa del florero”, habiendo sido su impresor don Antonio Espinosa, a quien parece debérsele un reconocimiento nacional por parte de los interesados en estas tareas. El manifiesto circuló en Santa Fe a principios de 1794. El 20 de agosto, la Audiencia abrió causa por tres delitos que se desprendían de él: conato de sedición; circulación de pasquines y libelos, y nuda publicación de los *Derechos*. Nariño, Zea y José Angel Manrique fueron procesados. Los dos primeros fueron enviados prisioneros a España. Manrique, en gracia a su extrema juventud, cumplió su presidio en Santa Fe.

* * *

Don Antonio Nariño tiene rango de faro. Hombre de hermoso talante, en su temperamento se conjugan la tenacidad del dominador con la dulce mirada y la fuerza magnética que ejerce en contorno suyo. Es combativo y sonriente, implacable y exquisito, rudo en dar los mandobles y refinado. Al tremendo ardor que le quema sabe ponerle el matiz de la más demolidora ironía. Una frase suya puede ocasionar una derrota y crearse un enemigo mortal. Su vida es la más singular alternativa entre estar en lo alto, en la consideración social y en el mando, y rodar a la mazmorra, cubierto de oprobio, vilipendiado por España y Colombia. Admirado hasta el delirio por amigos y seguidores, es odiado hasta la muerte por sus impugnadores, entre los que no hay pocos en el campo patriota. Y en medio de la desgracia que lo aflige, siempre el dardo mortal de la sátira exasperando a sus opositores en una rumia de rencor que no cesa.

Los periódicos en que escribe son de su propiedad; las imprentas son suyas. Algo de solitario hay en este hombre que sin embargo busca el contacto y entrega su obra y su vida a la actividad pública.

* * *

Del libreto que conservo para cuando alguien desee hacer una película, y valerse de él, entresaco el sencillo itinerario de la aventura dramática, humorística y tierna de don Antonio Nariño, nuestro Precursor bienamado. Llevado prisionero a la fortaleza de Cádiz, por la publicación de los *Derechos del Hombre*, se fuga de allí. Pasa a Madrid. Oye hablar mal de su causa a gentes que no le conocen. Huye a París. Luego a Londres. Los gobiernos de Francia e Inglaterra le niegan la ayuda para la liberación de Nueva Granada. Llega a Santa Fe. De nuevo es apresado, por orden del virrey Amar y Borbón. Se le envía a las "Bóvedas de Bocachica", las tremendas prisiones de Cartagena de Indias, cuyos suelos resuman agua marina. Va encadenado, en frágil embarcación, por el río Magdalena. Logra desatarse. Salta de la chalupa en la noche, mientras duerme el guardián, y gana a nado la orilla, internándose en la selva. Llega a Santa Marta, donde es aprehendido. Va a dar con sus huesos a las malsanas "Bóvedas" de Cartagena. La independencia de 1810, y con esta el primer gobierno de la República, le sorprenden allí. Pero nadie se acuerda de él. Impetra la libertad, y a regañadientes se le exige fiador, alegándose que como tesorero de diezmos del Virreinato había sido acusado por la Audiencia Española de malversación de fondos. Le piden uno y da diez fiadores entre indignado y procaz. Un año después, es Presidente del Estado Soberano de Cundinamarca. Dos años después, vence al ejército federalista en las calles de Bogotá. Hace la unión de los dos ejércitos, el federalista y el centralista, y presidente al frente de sus tropas, emprende la campaña del sur, ya que los españoles habían tornado a invadir la Nueva Granada, ahora por el Ecuador, valiéndose de las facilidades prestadas por el ultramontano foco realista de Pasto. Avanza de victoria en victoria (Alto Puracé, Calibío, Juanambú) y derrota a las huestes españolas en los Ejidos de Pasto. Don Antonio Nariño, quién puede negarlo, es un triunfador. Pero... Su ejército ha quedado separado en dos posiciones aisladas. Una de ellas dirigida por un oscuro oficial, a quien Nariño flagela con tremendas palabras por haberle presentado como presea la cabeza de un jefe español muerto en combate. De su parte, los ladinos pastusos, ganan por medio del comadreo lo que no habían podido conquistar por las armas, haciendo correr el rumor en cada porción del ejército de que la otra había sido sorprendida y diezmada y que los soldados huían en desbandada, dejando abandonadas las armas. Nariño, al amanecer, se encontró solo, sin ejército, en una zona erizada de enemigos, quienes ya le buscaban para darle muerte. Los soldados habían huído despavoridos durante la noche, sabedores de la suerte que correrían a manos de los sanguinarios realistas pastusos. Nariño encontró abandonados bagajes y armas y "la artillería clavada", se dice que como venganza del oscuro oficial. El Presidente del Estado Soberano de Cundinamarca estuvo vagando por las selvas aledañas a Pasto, huyendo de sus perseguidores. De pronto, toma una decisión. Le sale al paso a un grupo de soldados pastusos, diciéndoles: "Se que andais en busca de Antonio Nariño. Si me llevais ante vuestro jefe, le revelaré el lugar en que se halla escondido". Ante este, Nariño se identificó como lo que era: General en Jefe del Ejército Patriota y Presidente de Cundinamarca.

El pueblo pastuso, sabedor de que un prisionero voluntario había ofrecido revelar el paradero de Antonio Nariño, se había agolpado en la plaza,

frente al cuartel español, vociferante, clamando porque le fuera entregada la cabeza del jefe patriota. Fernandistas fanáticos, querían ver correr la sangre del héroe o que les fuera entregado para descuartizarlo, único castigo que en su mentalidad merecía quien se había levantado contra la Corona española. Como arreciara la ira del pueblo, Nariño pidió la venia del jefe español para salir al balcón a calmar los ánimos, a lo que este accedió, no sin antes tratar de disuadirlo de tamaña temeridad, debido a la exacerbación de los manifestantes. En la tribuna, Nariño pausadamente exclamó: "Pastusos: ¿quereis a Nariño? Aquí le teneis", revelando así su identidad ante el pueblo. La multitud quedó muda de asombro y admiración y estalló en delirantes aplausos. Era el primer presidente americano que conocían, y les resultó un gentilhomme.

El jefe de las fuerzas españolas acantonadas en Pasto no se atrevió a juzgarlo. Lo remitió preso a Quito, donde la autoridad española, mitad temerosa, mitad fascinada, tampoco quiso impartir la sentencia. Se le condujo a Lima, donde el Virrey le condenó nuevamente a la cárcel de "La Carraca", de Cádiz. Esta vez iba bien reforzado de cadenas y debió atravesar el Atlántico en infeliz barquichuelo, de movedizas maderas, en que estuvo a punto de zozobrar por dos ocasiones. Ahora la cosa iba en serio. El Precursor permaneció encarcelado por cerca de cinco años, 1816 a 1820. La revolución de Riego y Quiroga saca de "La Carraca" a este presidiario y le nombra presidente de la Sociedad Patriótica de León.

* * *

En 1821, cuando asiste al Congreso de Cúcuta, todo ha cambiado en la Nueva Granada. Mientras estuvo cautivo, una generación fue sacrificada por la cuchilla del "pacificador" Pablo Morillo y otra surgió en los campos de batalla, dotada de una nueva visión de la vida y de las cosas del mundo. Se sentía justamente cargada de méritos por la obra de liberación de la cual era autora y un poco pletórica de suficiencia por el arrogante ejercicio del mando militar que había sido su escuela. En aquella atmósfera nadie entiende a Nariño, el ex-presidiario, y él no entiende a esta gente nueva. Cuando habla, sus tesis y racionios suenan a cosa extraña para la audiencia. Se le menosprecia a ojos vistas. Como no se trata de una diferencia de generaciones, deberá pensarse en el desarraigue de quienes permanecen por mucho tiempo en prisión. Una dolorosa contingencia del ser.

Solo Bolívar comprende. Exalta al Precursor y mártir, y le nombra vicepresidente de Colombia. Pero no concluyen aquí las desventuras de este cruzado de la libertad del país. Ahora tiene que habérselas con los suyos. Al año siguiente, en 1822, renuncia a su cargo para asistir al Senado a responder de la acusación que sus compatriotas le hacen por malversación de fondos de la Corona española siendo tesorero de diezmos del Virreinato y por haber permanecido ausente del país (sic) durante el período más duro de la independencia. El alegato en que se defiende de estos delitos y que lee desde las barras del Senado, lugar elegido por él por ser el destinado para los reos de lesa patria, es obra maestra de la

literatura colombiana. El Senado le declara inocente, por unanimidad, excepto el voto de un senador, quien abandonó el recinto para no asistir a su triunfo. ¿Era uno de los eternos lesionados por sus frases quemantes?

* * *

¿Qué cosa de Chaplin hay en este hombre agitado por grandes empresas, llevado y traído por los avatares que le exaltan y hundén, pero que nunca pierde su visión superior y nunca, ni en las peores circunstancias, su humor, su buída ironía, su trato exquisito, su refinamiento de hombre de mundo? Tan pronto le vemos en la cárcel de Cádiz, como codeándose con los grandes de Europa para ver de libertar a su patria. Un día es presidiario de "Bocachica" y otro se le convierte por arte de magia una victoria en derrota, en un término de horas. Un día escribe desde la Isla de León las tres cartas famosas contra Morillo, el "pacificador" sanguinario que había asolado a la Nueva Granada, llevando al cadalso a la generación de 1810, y otro se torna de centralista agresivo en federalista, sin que le entiendan palabra los convencionistas del Rosario de Cúcuta. Pero en una u otra alternancia de su curioso destino, permanece impertérrito, cerniendo las cosas con su fino sarcasmo, su sorna de malas pulgas y de pocos amigos. Quien masca el pan duro en la escudilla del reo es el mismo que está ante Talién, leyéndole su proyecto de constitución para la Nueva Granada. El escondido en Gibraltar cuando fracasa la revolución de Riego; el prófugo, a quien se busca como aguja, es el mismo que aparece pocos días después departiendo con los generales de Napoleón en París, con Tracy, con Humboldt, y a quien la Sociedad Geográfica de Francia recibe en su seno. El hombre que debe atravesar el Atlántico en unas tablas mal ajustadas, aparece poseedor de una biblioteca en París, que sus amigos le facilitan. El engrillado, bien pronto logra zafarse de esta incomodidad, se lanza a la adquisición de máquinas de agricultura aplicables a las condiciones de la Nueva Granada, las que aprende a trabajar. Se dedica a laborar la platina para la modelación de monedas, arte del que tiene originales ideas. Y un buen día el reo, el proscrito, el prófugo, pero siempre burlesco neogranadino, cargado de libros, máquinas agrícolas y un monedar, emprende rumbo a Colombia. Y entre toda esta barahunda de cosas, lleva muy chaplinescamente, unas tier-nas semillas del trébol, el signo de la buena suerte y del éxito. ¿No es para sonreír dulcemente? Se entrevista con el Libertador en Achaguas. No sabe, este "caballero andante", precursor de la patria y de Chaplin, que va directamente a que se mofen de él en sus barbas, en el Congreso de Cúcuta.

* * *

El 9 de febrero de 1813 chocan en Bogotá los dos ejércitos patriotas, el de los federalistas o del congreso y el de los centralistas o del gobierno. El presidente Nariño sale en persona a comandar a sus huestes y el zumbón espíritu saca de la iglesia un gran Cristo, lo nombra "generalísimo" en el campo de batalla y lo coloca a la cabeza de las tropas, para que disparen contra él, si se atreven, los soldados federalistas, fanáticos

católicos boyacenses, traídos desde Tunja, al mando del general Baraya. Pero tan pronto derrota a sus eventuales enemigos, eleva de grado a la oficialidad rendida y la incorpora al ejército libertador para marchar contra los españoles. Una escena de cine neo-realista, estrictamente de la escuela de Chaplin.

* * *

En la primera etapa de su vida Nariño es un centralista de tomo y lomo, de pensamiento y acto. Le pasa al adversario político su idea por la cara, se descompone por ella con la Junta de Cartagena, le hace feo por defenderla al congreso dirigido por la lumbrera de Camilo Torres, que va a sesionar a Tunja para protegerse del terrible adalid y puede decirse que a ella, por su testarudez en sacarla con bien, le debe gran parte de su infortunio.

Nariño la blande contra el gobierno de Jorge Tadeo Lozano, quien desde el grito de independencia de 1810, en la plaza mayor, ha sido electo por la Junta Suprema Presidente del Estado Soberano de Cundinamarca. Lozano era, posiblemente, un hombre de valer para el mando que, en el campo en que debió actuar, no tuvo dificultades en ganar el juicio de mal gobernante. La reacción española crecía a sus anchas. Los ejércitos españoles, derrotados en un pueblo, se fortalecían en el pueblo vecino y amenazaban la estabilidad general de la emancipación. Cada aldea triunfante se declaraba pomposamente República Soberana y Autónoma. Múltiples casos se vieron en que las fuerzas peninsulares, después de acrecerse tras estas pintorescas fronteras convencionales, tornaron contra la aldea que los había extrañado la víspera y daban buena cuenta de ella. La independencia era una oceanía desde el punto de vista militar.

Justamente era este el resultado de la conformación económica del país, campo en el cual operaba el "robinsonismo". La isla era la figura gráfica de la modalidad nacional en todo orden de cosas. El sistema de aduanillas que España había levantado entre las regiones era el signo evidente de esas fronteras entre los islotes de economía y de vida en la Nueva Granada. Y de esta conformación aún no estamos curados del todo ni en lo material ni en nuestro modo de ser. Forma, y formará por mucho tiempo, parte de nuestro subyacer sociológico, y es curioso que no apelemos a desentrañar su sentido para explicarnos muchos de nuestros sucesos mayores. La violencia actual, que como origen primario no puede alegar otro que el de la propia conquista, la colonia y la pacificación morillesca, ¿no proviene de esa dispersión, que tan grave fue en el terreno militar, durante la independencia?

A Nariño le debemos los colombianos el haber batallado, el primero, por esa unidad (de las armas y del gobierno) con ardor de cruzado. Demostró los desastres, bien palpables por cierto, que la inmensa oceanía colombiana, militar y política, ocasionaba a la emancipación, dejando múltiples flancos, pluralidad de resquicios, a la restauración española. Predicó en el desierto, y tal vez su intransigencia de combatiente causó mal a Colombia. No podían atenderle —ni entenderle— por cuanto se trataba tan solo de un esquema ideal, de una idea romántica, que superaba con

mucho la capacidad de estructura de nuestro propio país. De esta guisa, sobre la dispersión de los pintorescos "Estados soberanos" pasó triunfante en 1816 el "pacificador" Pablo Morillo hasta la propia Santa Fe, tal como ha ocurrido en otros momentos de nuestra historia, de cuyos nombres no quiero acordarme.

* * *

Un "Chaplin" que se respete debe ser dócil al vaivén de la suerte. Don Antonio Nariño sostiene la idea federalista en el Congreso de Cúcuta. Cómo, ¿el centralista de antaño, en estas andanzas? Luego, la historia comprobará la veracidad de su juicio, cuando Venezuela y Ecuador constituyan su propio solar. Pero basta que él diga *a* para que le respondan *b*. El congreso, con cierto aire de orden militar, establece el centralismo absoluto. Y don Antonio Nariño se queda, muy chaplinescamente, ya para siempre en la historia nacional, con un trébol en alto. Es uno de los tréboles de los que él trajo de Europa, y que a estas alturas esmaltan los prados de nuestros campos. Pero el trébol que con tanta ternura mantiene en sus manos, es de tres hojas.